

# *Marx en nuestro tiempo y el socialismo democrático*

## *Coloquio científico-político en Bonn*

En Bonn, con motivo del centenario de la muerte de Carlos Marx, en la sede central de la Friedrich Ebert Stiftung y organizado por ella, tuvo lugar los días 3 y 4 de febrero un Coloquio Científico-Político sobre el tema general «Marx en nuestro tiempo y el socialismo democrático». Se inscribieron 196 congresistas, de 27 países de los cuatro continentes, con predominio numérico —aparte de la República Federal Alemana— de los países del oeste europeo continental, de Yugoslavia, Grecia e Israel. Los restantes países —de Europa del este, Africa, Asia, América Latina y también Gran Bretaña— limitaron su participación a los agregados de sus respectivas embajadas en Bonn.

El Dr. Günter Grunwald, Secretario General de la Fundación Ebert, pronunció las palabras de saludo y apertura. Siguieron en la primera sesión las ponencias del Prof. Enrique Tierno Galván, alcalde de Madrid, sobre «El significado del marxismo para los partidos socialistas de Europa del sur», y la del Presidente del Partido Social-demócrata alemán, Willy Brandt, sobre «La herencia del marxismo y las tareas del socialismo democrático en nuestro tiempo». Tras esta primera sesión la Junta directiva de la Fundación Ebert dio una recepción en el Hotel Dresen, en la que habló el Primer Ministro de Renania-Westfalia, Johannes Rau.

En la segunda sesión, sobre el tema «Historia y libertad en la obra de Marx», hablaron los profesores Shlomo Avineri, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, y Dietrich Böhler, de la Universidad Libre de Berlín. En la tercera y última intervinieron el Prof. Richard Löwenthal, de la Universidad Libre de Berlín, sobre «Las doctrinas de Carlos Marx y su destino», y el Prof. Gaja Petrovic, de la Universidad de Zagreb, sobre «La evolución en Europa del este y sus efectos en la vigencia del marxismo».

Aparte de ello fueron muy numerosas las intervenciones libres de los congresistas en cada una de las sesiones.

No se trataba en la intención de los organizadores —como dijo el Dr. Günter Grunwald en las palabras de presentación— de entonar un panegírico a la persona de Marx o hacer una exposición apologética de su obra, ni en sentido contrario de desmenuzar y arrumbar críticamente sus teorías; sino de examinar lo que aún hoy día está vigente en Marx y de cómo se puede aplicar en mejorar la praxis socio-política. Como Tierno Galván recordaría, en estricta posición marxista las propias doctrinas de Marx están sujetas a la leyes de la dialéctica, por lo que sería antimarxista no criticarlo y corregirlo cuando las circunstancias de producción tanto han cambiado. Nunca hubo duda —dijo también G. Grunwald y otros repitieron— sobre la influencia de Marx en los orígenes y formación del partido social-demócrata alemán y de otros movimientos socialistas europeos. La renuncia posterior en aquél a una militancia marxista y la asunción de principios y valores que provienen del pensamiento social y político de corrientes muy distintas al marxismo, matiza y restringe, pero no niega, esa influencia primera y su importancia.

Una consideración de base, efectivamente, estuvo presente en todas las ponencias e intervenciones: la situación económica y social de nuestros días no es igual a la que Marx analizó y tampoco responde a sus previsiones de futuro; lo que plantea la cuestión del punto y grado de la vigencia actual de sus doctrinas. Ha desaparecido, al menos en Europa, el proletariado clásico y la realidad de una explotación del obrero

como la conocida por Marx; en consecuencia, el concepto clásico de revolución —y su necesidad, métodos y metas— ha perdido sentido y fuerza aglutinadora. Con respecto a la praxis política, los socialismos en occidente han entrado en el juego democrático, y la aplicación del marxismo que pretenden estar realizando los países comunistas ni en sus modos ni en sus resultados resulta satisfactorio. Marx —se dijo— subordinó la praxis a una teoría histórico-filosófica; en cambio ahora la doctrina y praxis social y democrática no depende de esa teoría ni de sus supuestos históricos; también se dijo que la producción es un aspecto que él trató, pero otro muy distinto es la utilización que de esa producción se hace; y que lo que no se encuentra en Marx ni puede encontrarse es un análisis y crítica de la economía de los actuales países socialistas. Que en él no hay ninguna idea que favorezca al imperialismo en cualquiera de las formulaciones con que éste se presente, y que la expresión «dictadura del proletariado» no la entendió como dictadura de partido, sino como un medio pragmático y ocasional de aunar y fortalecer los movimientos obreros.

Por otro lado se destacaron al mismo tiempo y repetidamente las ambivalencias en la obra de Marx. No sólo entre las ideas del joven Marx y el Marx de *El capital*, sino también dentro de una misma época del desarrollo de su pensamiento y en el contexto de un mismo escrito en particular. Por ejemplo, con respecto a su pensamiento sobre los derechos humanos. El Marx economista —se dijo— puede ser contradicho con Marx mismo. Y se recordó la frase de que se debe partir de una postura negativa sobre Marx para descubrir lo que de positivo hay en él.

Ambivalencias que se multiplican en las interpretaciones dadas a sus doctrinas y en las aplicaciones prácticas que de ella se han hecho. Tampoco los ponentes y comunicantes pudieron —ni intentaron— soslayar esas contradicciones. Pues, como se dijo, ¿cuál, entre las interpretaciones clásicas o actuales —tan abundantes y distintas en estas cuatro últimas décadas— responde fielmente a la letra y al pensamiento original marxista? Convocar un Concilio para determinarlo constituiría,

además de un atentado a la libertad, un despropósito mayúsculo.

No obstante se consideró que hoy, a los cien años de su muerte, parte de su doctrina y de sus métodos siguen teniendo valor. La insuficiencia de Marx como político —diría W. Brandt— no disminuye el interés por su estudio; la lectura de sus obras nos plantea, sobre todo, una serie de interrogantes, a algunos de los cuales él dio una respuesta apropiada a su tiempo; el completarlas y corregirlas y dar respuesta donde Marx no alcanzó a darla es tarea actual del socialismo. Y se preguntaba: ¿un desarrollo sin límites en la producción es factible o siquiera conveniente? ¿se podría limitar en ese desarrollo el crecimiento proporcional y desmesurado de la burocracia? Añadiendo que hay que poner fin no sólo a la explotación del trabajo del hombre por el hombre, sino también a la explotación de la naturaleza por el hombre.

Se habló mucho en este último sentido de la necesidad de comportarse como buenos padres de la tierra para dejarla en herencia como legado provechoso a nuestros hijos; y también se afirmó por algunos que el sentido más positivo de revolución está hoy en Alemania en los ecologistas y en los llamados movimientos verdes. Se siente repulsa y miedo a la palabra revolución, a la que se considera sinónimo de violencia; pero el simple hecho de reconocer que el mundo está alienado es ya hacer revolución.

Tierno Galván recogería estas ideas en las respuestas posteriores a su conferencia para reafirmar la tesis allí expuesta. La fuerza de esos grupos marginales —dijo— con programas pragmáticos mínimos está en el vigor de su proyección ética; defender la tierra como hogar de los hombres no es una propuesta para un trabajo individual sino para una labor colectiva. Y también juzga que se puede pensar y favorecer la revolución sin patrocinar por ello la violencia.

Quizá hayan sido estos exámenes de una posible proyección ética del marxismo dentro del contexto actual socio-político, la aportación más positiva de estas Conversaciones. Consecuentemente, también fue el tema más discutido y donde las ambi-

valencias de interpretación marxista y posturas encontradas fueron más manifiestas.

Hablaron directamente del tema E. Tierno Galván y D. Böhler.

Para el primero la revolución debe caminar hacia metas éticas de carácter social frente al pragmatismo ambiental edonista e individualista favorecido por el capitalismo. Todas las grandes revoluciones y teorías revolucionarias tuvieron como base una ideología moral. El marxismo es fundamentalmente una ética, no una ontología; una ética que sirve de base a una sociología. Trasciende todo individualismo, recoge la moral del cristiano, aunque sin teologías ni pasividad; es altruista, rechaza la violencia hacia los otros y da contenido mesiánico a la clase media que hoy sustituye socialmente al proletariado de los tiempos de Marx. La moral como elemento revolucionario social sólo se da en los socialismos.

Böhler, refiriéndose a la política de los últimos años del gobierno de Bonn, señaló que se ha podido apreciar un acentuamiento y casi monopolio de la *razón instrumental* en la formulación y seguimiento de objetivos políticos, con menoscabo o supresión de una *razón práctica* de corte kantiano. La primera razón es moralmente neutra y, con respecto a los movimientos políticos que surgen en el seno de la sociedad, cerrada e insolidaria. Los jóvenes socialistas, los ecologistas, objetores de conciencia, etc., se han visto reducidos a una oposición extraparlamentaria. La razón práctica, en cambio, atiende, por un lado, a la moralidad de los fines y, por otro, está abierta, dispuesta al diálogo con los portadores de otros criterios políticos.

FERNANDO SORIA HEREDIA